

Pueblo le han hecho romper, humillad esas soberbias cabezas, que sacrifican á su enorme ambicion, asi su honor como su conciencia: (a) *dad al Rey vuestro juicio, y acierto para formar el rayo, y vuestra Justicia al hijo del Rey*, para ir á llevarlo, y arrojarlo, como acaba de hacerlo, en aquellos lugares dellinados á su venganza. ¿Pero qué digo, Dios mio: ¿qué zelo es el que me obliga á olvidar la caridad? Derramad antes sobre nosotros vuestras grandes misericordias: calmad estas tempestades, que amenazan á toda la tierra: haced que la justicia, y la paz se abracen, y den osculos entre sí; que la uncion de vuestros perfumes baje desde la cabeza hasta el corazon de Aarón: dadle entrañas de Padre, que se commuevan al ver á sus hijos armados unos contra otros; ó si todavía quereis castigar al mundo Chriftiano con los horrores, y estragos de esta guerra; haced, Señor, que nuestro Monarca, despues de haver vencido algunos años, obligue á toda la Europa á vivir en paz; á fin de que desde esta tranquilidad pasagera entremos en aquella, que será eterna, y que yo os deseo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. *Amen.*

SER-

(a) Psalm. 71. v. 2.

SERMON SEGUNDO,

PREDICADO

EN LA ABERTURA DE LOS ESTADOS

DE LANGUEDOC,

EN MOMPPELLER AÑO DE 1691.

Ne dicas; quid putas cause est, quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt? Stulta enim est hujusmodi interrogatio.

No digas, ¿en qué consiste, que los tiempos pasados fueron mejores, que los presentes? Porque esta es necia pregunta. *Del cap. 7. del Ecclesiástes, v. 11.*

ILUSTRISIMO SEÑOR. (a)

SEÑOR.



O hay cosa tan frequente en los discursos, y en las conversaciones del Mundo en un tiempo de tribulacion como el nuestro, como aquella queja, que en él se oye, de que nuestro siglo es desgraciado; que no nos ha quedado vestigio alguno de la abundancia, y de la tranquilidad de nuestros Padres; que la

(a) Celebraba el Obispo.

la naturaleza empeora todos los días; y que el Mundo se debilita, y como que se resiente de su vejez. Ale-gase la intemperie de las estaciones, la esterilidad de la tierra, los horrores de una guerra sangrienta, y universal, los intereses de los particulares, necesariamente sacrificados al bien publico, los subsidios, y los tributos proporcionados á la necesidad de un Estado, que se sostiene por todas partes contra el furor, y la envidia; los Exercitos, que arruinan, las batallas, que destruyen, y las mismas victorias, que cuestan caras.

En vista de esto, se disgustan de lo presente, se precu-pan de lo pasado, murmurase contra los ordenes de la Providencia: Caese en *aquella tristeza del siglo*, que segun el Apostol, *(a) causa la muerte*, sofocando la piedad: Aficionase uno tanto mas á los bienes del mundo, quanto mas se siente, que se disminuyen, y que se nos escapan; y porque los tiempos son malos, se persuade uno insensiblemente, á que es difícil el ser bueno. Los tiempos no son buenos, ó malos sino á la proporcion que nosotros somos justos, ó injustos. Nuestros vicios, ó nues-tras virtudes son, (dice San Geronimo) los que hacen á los tiempos felices, ó infelices. Y así no nos quejemos de que los primeros tiempos han sido mejores, que los nuestros; quejemonos de que nosotros no somos tan buenos, como los que han vivido antes de nosotros.

Aun si se quejáran de que la caridad se resfia, y que se aumenta la corrupcion, ya podía tolerarse. Porque es mucha verdad, que las virtudes se han disminuido por los hijos de los hombres; que la Religion se debilita, y que hay en las costumbres, como en la naturaleza, una deca-dencia de espíritu, y de vida. Es muy cierto, que ya casi nada nos queda de los primeros christianos, sino su nom-bre;

(a) 2. Ad Cor. 7. v. 10.

bre; que somos sus sucesores en la fé, pero desertores de su disciplina; que la virtud gime bajo la iniquidad en la relajación de los siglos, que mil y seiscientos años, que han pasado desde Jesu Christo, hasta nosotros, son como otros tantos grados, por los cuales hemos bajado de aquella primera perfeccion; y que vemos en nuestros días, lo que el Evangelio tiene ya dicho, que la fé está casi apagada en Israel.

Pero no es esto lo que inquieta las gentes del mundo. Piensan en la miseria, no en la malicia de los días. Si gi-men en las aflicciones, no es con un dolor, que los hace acudir á Dios, sino con una sensibilidad mundana, que los hace sentir los placeres, y los bienes, que pierden. Ele-vemos nuestros espíritus sobre todos los sentimientos hu-manos; é indagando por las reglas del Christianismo la naturaleza, y las causas de las calamidades publicas, y de las aflicciones de este tiempo, digamos, que provienen de que

- I. *Nosotros nos las hemos atrahido por nues-tros pecados.*
 Division. { II. *De que no las aplacamos por nuestras virtudes.*
 III. *De que no las retiramos por nuestras oraciones.*

Esta Materia importante, y digna de esta augusta Asam-blea, congregada por los intereses de la Religion, por la gloria del Rey, para socorro del Estado, y para alivio de los pueblos de esta Provincia. Pidamos al Espiritu de Dios las gracias, que nos son necesarias, por intercesion de la Virgen.

AVE MARIA.

PARTE PRIMERA.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

UNA de las verdades esparcidas en las Santas Escrituras, es que nuestros pecados son la causa de todos los males, que nos suceden en esta vida. Dios se erige un Tribunal de corrección en medio de la naturaleza, en el qual exerce sobre los pecadores sus juicios temporales, y sus justicias pasageras para conducirlos, y para castigarlos. Desde allí, descubriendo las iniquidades, que se levantan de nuestras conciencias, como otros tantos malignos, y sombríos vapores, que junta en su ira, y de los quales forma aquellas tristes nubes, que despiden los rayos, los granizos, los vientos contagiosos, las inundaciones, y las sequedades (dice Tertuliano (a)) de allí es, digo, desde donde derrama sobre las Naciones ingratas, y delinquentes el Caliz de su indignacion, y de su colera.

Ta be comenzado à castigarte por tus pecados (dice por uno de sus Prophetas: (b)) *Sembrarás, y no segarás; oprimirás la Oliva, y no correrá azeite de ella.* ¿Quién es, el que enciende las guerras contra Jacob? ¿Quién es el que arruina á Israel? (c) *No es el Señor, à quien vemos ofen-*

(a) *De ira, & offensa Dei incidere fulmina, grandines, ardores, aura pestilentis.* Tertul.

(b) *Capi percute te super peccatis tuis... tu seminabis, & non metes; tu calcabis olivam, & non ungeris oleo.* Mich. 6. v. 13. & 15.

(c) *Nonne Dominus ipse, cui peccavimus? Isai,*

Idol? No te glories de una inocencia imaginaria, yo te haré sentir, que eres tu el pecador por los castigos, que exerceré sobre tí; dice por otro Propheta. (a) Lo que hace decir á San Chrysoftomo: Hablase de tantas calamidades; y no hay sino una sola, que sea verdadera, esta es el pecado. En los otros males entra mucha parte de aprehension, en el pecado todo es realidad. Los demás males pueden producir bienes; pero el pecado no puede producir sino males. Esta calamidad es la fuente de todas las calamidades, y de todas las aficciones, que nos suceden, y son castigos saludables, que Dios nos embia.

De esta manera se porta con nosotros por muchas razones. La primera es, porque el pecado proviene del afecto, y el afecto viene del placer. Hay en el pecado una complacencia de los sentidos, que se llama deleyte; y un placer del espíritu, que es satisfaccion, y alegría. Su castigo natural es la aficcion, y el dolor. Justo es, que el pecador sea corregido, y que sienta, *quan duro, y amargo es haver abandonado al Señor,* dice Jeremias. (b)

La segunda razon es, porque en el orden de la justicia de Dios, la pena, y el pecado son dos cosas inseparables. Aquella Vara milagrosa de Moysés fue convertida en Serpiente; y Moysés huyó de ella. Pero Dios hace en nosotros un prodigio del todo contrario. Nuestros pecados, que son Serpientes de la raza de aquella, que engañó á nuestros primeros padres, se convierten en varas para castigarnos, y nosotros debemos huir de ellas como de los autores de nuestras aficciones, y de nuestras mi-

(a) *Castigabo te in iudicio, ut non videaris tibi innoxius.* Jerem. 30. v. 11.

(b) *Scito, & vide, quia malum, & amarum est dereliquisse te Dominum.* Jerem. 2. v. 19.

miserias. Luego que delinquimos, somos juzgados. La disciplina sigue al pecado; y así como la malicia es la causa del castigo, el castigo es la consumacion de la malicia. (a)

La tercera razon es, que á la sabiduria de Dios le pertenece contener por castigos exteriores, y sensibles la impetuosa corriente de nuestras pasiones. La impunidad las fomentaria. La prosperidad eleva al hombre por el orgullo, le afemina por el deleyte, y le hace pesado por la pereza. Ella le inclina á mirar los bienes, que goza, como á su unica herencia, á echarse á dormir en sus placeres, á poner su amor, y su confianza en la incertidumbre de las riquezas. No cuenta, ni con Dios, ni con su salvacion, y le hace retirarse enteramente dentro de sí mismo. ¡Quan difícil es, ser feliz, y virtuoso á un tiempo! Y quanta verdad es, lo que el Espiritu de Dios nos enseña en sus Escrituras, que en la paz, y en la abundancia es difícil salvar su alma: *Que la luz de la razon, y de la fé se oscurecen*, y aun algunas veces se apagan: (b) *Que los caminos de la virtud se estrechan*; y que vivir en las dulzuras, y en las alegrías de este mundo es estar se paseando sobre continos lazos! Y así es necesario para sacar al hombre de estos peligros, hacerle sentir las penas, y las amarguras de esta vida.

Este es el medio, de que Dios se vale para detener el curso de nuestros deseos. El pecado reynaria sin contradiccion en nuestros cuerpos mortales, si no fuese turbado por las inquietudes saludables, que causan las desgracias.

(a) *Completa est malitia ejus. 1. Reg. 20. v. 7.*

(b) *Lux obtenebrescet in tabernaculo... Aristabuntur gressus virtutis ejus... Invenit in rete pedes suos. Et in maculis ejus ambulat. Job. 18. v. 6. 7. & 8.*

las enfermedades, y las guerras. Es necesario domar este hombre soberbio; su argullo iria siempre subiendo, caminaria por cima de todo el mundo; pero un rebés de fortuna le aterra; la preferencia de un concurrente le humilla; la perdida de un protector le desacredita. Aquel mal rico amontona siempre, y pone toda su confianza en sus riquezas, en la tierra sobre tierra, hacienda sobre hacienda; pero un defecto de formalidad, que los ojos de sus enemigos, demasiado curiosos, han descubierto en sus titulos de posesion; una deuda de familia, sepultada en el olvido, que la vigilancia de un acreedor habrá hecho descubrir; el derecho del Principe, que prevalece al de los particulares, le affigiran, y pondrán, á pesar suyo, límites á su avaricia. Aquel otro sensual corre tras el objeto de su pasion; su imaginacion lisongea sus deseos; quemale al placer en su corazon el encenso, que ofrece á su Idolo; emplea por llegará sus fines todo el arte de persuadir, y de engañar; y quando se alimenta de una malvada esperanza, una infidelidad imprevista le hace sentir el peso de su cadena; una enfermedad de algunos dias le hace hallar una Lia, en lugar de su Rachel; una muerte repentina, y cruel rompe el encanto, que le engaña, quitandole un objeto, que él creia inestimable por su belleza, y durable por su juventud. De este modo detiene Dios el curso de nuestras inquietudes; y por el bien de nuestra salvacion, opone al precipicio del pecado como unos diques saludables, las adversidades, y los disgustos de la vida.

La quarta razon por la qual el castigo temporal sigue al pecado, es porque el Señor ha querido (dice Isaias (a)) dar á conocer la santidad, y la dignidad de su Ley.

(a) *Et Dominus voluit ut... magnificaret legem, & extolleret. Isai. 42. v. 21.*

Porque aunque ella sea no solamente equitativa, sino tambien la soberana equidad; y aunque no necesite ser sostenida, ni justificada por los castigos, ó las recompensas de los que la observan, ó la abandonan; no obstante, ha sido conveniente imponer algunos castigos temporales á los transgresores, para quitar el escandalo, que daria una licencia impune. Dudariase, asi de la verdad del mandato, como de la autoridad del Dios, que manda. Dudariase de la fidelidad de la Ley en sus promesas, si no se la viese fiel en sus amenazas. Este es el motivo, porque la Escritura llama tantas veces á los Mandamientos del Señor, *sus justicias*; no solamente porque contienen las obligaciones, y porque hacen la felicidad de los Justos; sino tambien porque atraen los juicios de condenacion sobre los pecadores; quiero decir, las penas, y las tribulaciones de esta vida; de suerte, que no habiendo querido dár á los ordenes de Dios una obediencia voluntaria, se ven obligados á sufrir los castigos de Dios con una paciencia forzada.

Tal es, Señores míos, la suerte de los pecadores. Yo bien sé, que los buenos están muchas veces confundidos con los malos. La pena es semejante dice San Agustín) pero no lo es la virtud. Los unos son castigados, y los otros son probados; los unos se toman con Dios, por sus quejas, y murmuraciones; los otros recurringen, y claman á Dios con sus oraciones. Por otra parte; aunque los Justos no cometan grandes delitos, no dejan por eso de cometer algunas faltas, que es necesario satisfacer por algunas penas temporales. Porque iguales son los corazones, en que no haya á lo menos algunas reliquias de concupiscencia, algunos intereses ocultos, è imperceptibles, algunos afectos ligeros, y vagos, pero siempre un poco desordenados!

¿No vén en su conducta irregularidades, que la perfeccion de su estado, y las gracias, que han recibido del Cielo, hacen dignas de castigo? ¿Enlaces de amistad, que

si nada tienen de ilícito, no obstante en ellas la carne, y la sangre tienen demasiada parte; y Dios se complace algunas veces en romperlas? ¿Un amor de los bienes de la tierra, á los quales no están apegados por una avaricia torpe, sino por no se qué cadena de codicia humana? Asi como tenían algun placer en poseerlos, es bien que sientan la amargura de perderlos; y en fin, no ven una mala disimulacion, y debiles condescendencias con los pecadores, que les han impedido el reprehenderlos, corregirlos, è instruirlos por el temor de ofenderlos, ó por el ansia de ganar su favor? Su amor propio les ha hecho concebir algunos deseos, y su fragilidad les ha hecho temer algun daño. Hallanse enredados en las necesidades de la vida; y mezclados en la compañía de los pecados: Pues tambien es necesario, que sean participantes de los trabajos. Aumentan á lo menos con una porcion de fragilidades, aquel cumulo de malicias humanas, que atraen los castigos de Dios, y que producen las calamidades, que derrama sobre la tierra.

Ellas, pues, vienen de Dios, y nuestros pecados son la causa. Pero no tenemos nosotros bastante fé para conocer lo uno, ni bastante humildad, para confesar lo otro. ¿A quien se imputan ordinariamente las enfermedades, las escaseces, y las guerras? Unos las atribuyen á causas fortuitas, y á no se qué accidentes, que hacen venir del acaso. Estos consultan como los Filisteos; *¿si son heridos por azar*; (a) en lugar de decir como el gran Sacerdote Heli: *Este es el Señor*. (b) No piensan, que así los males, como los bienes vienen de lo alto; que todo corresponde á esta razon universal, y soberana, que gobierna el Mundo; y que el azar, en sentir de Salviano, no tiene lugar en el Reyno de la Providencia. Otros lo

(a) *Caste accidit.* 1. Reg. 6. v. 9.

(b) *Dominus est.* 1. Reg. 3. v. 18.

atribuyen á la naturaleza, y á los elementos, como si el Cielo se moviese por sí mismo: (a) *Como si vuestra ira Dios mio, se encendiese en los Rios, y vuestra indignacion en el Mar?* La mayor parte se queja de los hombres, y no quiere ver los pecados, que han cometido, ni la mano de Dios, que los castiga.

Una ardiente calentura os arrebató un hijo, objeto de vuestro cariño, la columna de vuestra familia, y luego se os ocurre el poco cuidado de un domestico, la imprudencia de un Medico, la intemperancia del enfermo, y yo no sé, que vana fatalidad, que vosotros llamais vuestra estrella. Pero aquellos bienes mal adquiridos, con que vosotros quereis aumentar su herencia: Esa funesta indulgencia, que teneis por sus vanidades, y por sus excesos; esos cuidados, que tomais de darlos á conocer al mundo entre los lazos, que se arma á su inocencia; ese sacrificio, que le haceis de un corazon, cuyo Señor era necesario, que fuese Dios; estas son las causas de vuestro dolor. El Señor ha quebrantado el Idolo, y sacrificado esa víctima de vuestros pecados á su justicia. Vosotros llorais la perdida de un pleyto, que arruina para siempre vuestra quietud, y vuestra fortuna; y luego acusais la preocupacion del Juez, la sollicitacion de los Amigos, el mayor credito, ó la sorpresa de las partes contrarias; pero acusad esas injusticias, que la avaricia os ha hecho cometer, esos expedientes, que vuestra imaginacion os ha sugerido, para apropiaros los bienes de otro; esos enredos, que haveis armado á la viuda, y al huérfano; esos empuñados interesados, y usurarios, por los quales arruinais á los que haceis semblante de obli-

(a) *Numquid in fluminibus iratus est, Dominus aut in fluminibus furor tuus? Vel in Mari indignatio tua?* Habac. 3. v. 8.

obligarlos; y esos pleytos, en fin, que haveis hecho á tantos otros. La justicia de Dios os ha condenado á perder esos bienes, que el juicio de los hombres os ha quitado.

Os quejais ya ha mucho tiempo, que vuestras cosechas son malas; y decis: *La tierra por donde caminamos es de hierro: (a) el Cielo, que está sobre nosotros, es de bronce. (b)* Vosotros no quereis pasar mas adelante. Pero debiais decir antes, los años han sido buenos, y nosotros no hemos sido mejores. Hemos tenido la sustancia de este Mundo, y hemos cerrado las entrañas de nuestra misericordia á nuestros hermanos. Nosotros no estimábamos sino las bendiciones temporales, y el rocío del Cielo, y la sustancia de la tierra. Deciamos á nuestra alma: *Abbi tienes tanta hacienda: nuestros graneros estan llenos; y gozabamos de ellos sin reconocimiento, y aun eramos mispecadores. Pues estos pecados han abierto esos tesoros de nieve, y de granizo, como dice Job, (c) reservados para la desolacion de los campos. Dios os ha negado sus lluvias fertiles, y saludables. La ingratitud para con el bienhechor le ha hecho cercenar sus beneficios; y la esterilidad de vuestros campos reprehende la esterilidad de vuestras almas.*

Y qué diré yo de esas guerras, que hacen gemir oy dia, y que conturban (digamoslo así) todas las partes de la tierra? Has discuido en ellas segun las reglas de la prudencia de la carne, no segun las reglas del Christianismo. Todos los dias se está diciendo: *Quitad una docena de*

(a) *Terra, quam calcas, ferrea.* Deut. 28. v. 23.

(b) *Caelum quod supra te est, aeneum fit.* Ibid.

(c) *Thesaurus nivis. Thesaurus grandinis.* Job. c. 38. v. 22.

de políticos, que inspiran en el animo de los Principes los odios, las ambiciones, los zelos, y las venganzas: y está hecha la paz. Apartad un hombre, que lo sacrifica todo á sus intereses; que por resortes secretos de Religión, y de Política, hace mover esta formidable máquina de confederaciones, y de ligas, y se complace de ver á sus pies una tropa de Soberanos, á quienes ha hecho los confidentes de su orgullo, y los cómplices de su injusticia. Retirad aquel obstáculo de la quietud pública; y todo se volverá á poner en orden. Pero se engañan miserablemente: Dios no ignora los medios de calmar las turbaciones del Mundo. Quando hayan llegado los momentos, que su Providencia tiene señalados, sabrá muy bien arrojar al fuego las varas, con que nos ha castigado. Por qué no dicen mejor: quitad del mundo esos pecados, que nos atraen el azote de Dios, y el Mundo se apaciguará.

¿Qué siglo ha visto jamás mayor agitación, mayor inhumanidad, ni mas carnicería, que la nuestra? La mano de Dios se dejó caer pesadamente por todas partes. Ha desentrayado su espada sobre toda carne, desde el Mediodia hasta el septentrion (como dice el Profeta) para que toda carne reconozca, que él es el Señor. Está en la espada de la gran mortandad, que llenará á los hombres de espanto, los hará secar en su corazón, y multiplicará las ruinas. (a) La consecuencia, que

(a) *Egredietur gladius meus de vagina sua ad omnem carnem ab Austro usq. ad Aquilonem. Ezech. c. 21. v. 4. & Ut sciat omnis caro, quia ego Dominus. Eduxit gladium meum. Ibid. v. 5.*

Hic est gladius occisionis magna, qui obstruere eos sinit, & conde, tabescere, & multiplicat ruinas. Ibid. v. 14. & 15.

se debe sacar, es, que pues los castigos son tan grandes, es preciso, que nuestros pecados lo sean tambien.

¿Y huvo jamás mayor corrupcion en las costumbres, mas luxo en los vestidos; mayor zizaña en la justicia; mayor fraude en el comercio; mayor trayción en las amistades; mas infidelidad en los matrimonios; mas abusos en la devocion, mas tibieza, é indiferencia en el servicio de Dios, y en el negocio de la salvacion? Ya no se piensa, sino en engrandecerse, y elevarse sobre su condicion. Se ha introducido en el mundo una desgraciada emulacion, que inclina á cada uno á distinguirse de sus iguales, á igualarse con los mas elevados, y á no ceder á nadie. El uno por adquirir una dignidad, que le dará reputacion, empeña su hacienda, y la de otro; se sirve de sus emprestidos, y de sus latrocinios, como de otros tantos grados para subir á ella, sin reparar en si los acreedores, á quienes adula, ó los pobres, á quienes ha despojado, mueren de hambre, y de miseria. El otro anda tras hacer un Matrimonio, que puede honrar su familia; y por elevar á uno de sus hijos, sacrifica á todos los otros.

¿Y hay cosa mas comun en el mundo, que la envidia? Si el Cielo ha derramado alguna bendicion sobre alguna familia; si el trabajo, y la inocente industria han hecho entrar alguna opulencia en la casa de un hombre prudente; si se ve aumentar la hacienda de una Señora piadosa, que acaso será cercenando su vanidad, y quizá es el fruto de su modestia; si el campo de un vecino ha dado mas abundantemente el precio de sus cuidados, y de su cultivo: ¿con qué vista envidiosa, y maligna no se miran estas pequeñas prosperidades? Se añigen, murmuran, y poco falta, para que acusen al Cielo de indiscrecion, y de injusticia; y forman de la felicidad de otro su admiracion, y su suplicio.

¿Y reya menos la murmuracion? Todo se quiere saber, para tomarse la libertad de hablar de todo, se hace

un estudio particular de las costumbres, y de las personas, para tener el gusto de desacreditarlas. No se perdona, ni lo sagrado, ni lo profano; ni los vicios, ni las virtudes. Ho hay tacha en una vida, que no se descubra, afienta en las familias, que no se revele. El bien que se hace, se desprecia, y se ignora; pero el mal se sabe, y quasi se adivina. Juzgase mal, no solamente de las acciones, sino tambien de los pensamientos, y de las intenciones, que Dios se ha reservado, y el corazon del hombre, aunque invisible, é impenetrable, no está cubierto, ni libre de las intenciones, y de los insultos de los murmuradores. Cada uno tiene su modo de murmurar: El uno tira cruelmente el golpe mortal à la reputacion de su hermano, sin querer suavizar, ó à lo menos cubrir por piedad la punta con que le ofende. El otro sazona su discurso con alguna palabra disongera. La Serpiente enroscada, que poco à poco se vá deslizando, y encubriendo, no por eso ofende con mas suavidad. Los que tienen honor, ó conciencia oyen à lo menos con placer, y pagan con una sonrisa maligna, y con un ayre de aprobacion mas murmurador, que la misma maledicencia, que escuchan.

Se ha derramado tambien un espíritu de irreligion entre los Christianos, que nos atrae las tribulaciones, de que nos resentimos. No hablo aqui de aquellos, á quienes la desgracia de su nacimiento havia separado de la Iglesia, y á quienes la piedad del Rey ha buuelto à traer à ella, los cuales andan vacilando todavia entre el error, y la verdad, en incertidumbres de Religion. Hablo de aquellos, que han nacido en la fé de nuestros Sacramentos, y de nuestros Mysterios. Su fervor se ha entibiado tanto, que casi no hay diferencia de unos à otros. Jacob ha llegado à ser como Esau. El Pueblo se ha multiplicado, pero no se ha aumentado la alegria; y en la poca fé que vemos asi en los ancianos, como en los modernos, parece, que hemos perdido à los unos, y que no hemos

ganado à los otros. Las Iglesias están desiertas, la palabra de Dios no es oída, sino quando se tiene amor à los que la anuncian. Los Sacramentos casi ya no son frequentados, sino por bien parecer. No se sabe de nuestros Mysterios, sino en quanto la razon, y la curiosidad piden, para dudar de ellos; y muchas veces con una risa desdefiosa, y bufona se burlan de la simplicidad de los que los creen. Despues de esto preguntad: ¿por qué los tiempos son tan malos? ¿Por qué las guerras, las enfermedades, y los transformamientos de los Reynos? Y yo os responderé, lo que vosotros deberais responderos: Nosotros nos hemos atrahido estos males por nuestros pecados; y no los apaciguamos por la sumision, por la fé, ni por la penitencia.

PARTE SEGUNDA.

DOS suertes hay de juicios, que Dios exerce sobre la tierra. Los unos son espirituales, é invisibles; es à saber: la ceguedad del espíritu, el endurecimiento del corazon, la obstinacion de la voluntad, el desorden de nuestros afectos, la brutalidad de nuestros apetitos, y todos los otros castigos del pecado por el pecado mismo. Los otros son juicios exteriores, y visibles; la pérdida, ó disminucion de los bienes, las agitaciones, ó las turbaciones de nuestra quietud, las enfermedades del espíritu, y del cuerpo, la guerra por defuera, el temor por dentro, las tribulaciones, y las adversidades, que causa el pecado, y que deben destruir al mismo pecado.

Pero aunque provienen de una misma causa, producen diversos efectos. Los juicios interiores son obras de la justicia de Dios, los exteriores de su misericordia, los unos consuman la iniquidad, los otros convidan à la paciencia. Los primeros son llagas, que llegan al co-

razon, (a) los segundos hieren los sentidos, como las de Job, y no llegan hasta el alma. (b) Pero hay tambien esta diferencia; que los interiores no causan pena, y los exteriores afligen; y como San Gregorio decia en otro tiempo, hablando de los pecados del cuerpo, y de los pecados del espiritu, que los unos eran de un deshonor mas grande, los otros de una mayor malicia; (c) digamos tambien nosotros, que los juicios espirituales son mas peligrosos, y mas funestos; y que los juicios corporales son mas sensibles, y mas dolorosos. Y asi es necesario suavizarlos por la correccion de las costumbres, y por el exercicio de las virtudes. Christianas, bolviendonos á Dios, que nos llama á sí por las adversidades particulares, y publicas.

Digo publicas, porque asi como hay juicios personales, y domesticos, los hay tambien populares, y nacionales. Castiga Dios á Faraon, y á todo Egipto. Algunas veces no dispara mas, que una sola flecha, y no hiera sino á un solo pecador: Otras veces atroja el rayo sobre muchas cabezas culpadas. Hay gotas de furor, que destila sobre los particulares: Tiene tesoros de ira, que derrama sobre toda la tierra segun la medida de nuestros pecados, y los designios de su Providencia. No le sucede como á los Reyes de este Mundo, dice San Agustin, que quando una gran multitud se halla culpada en un mismo delito, es preciso dejarle impune. (d) Pero ni la qua-

(a) *Mittam omnes plagas meas super cor tuum.*
Exod. 9. v. 14.

(b) *Verum tamen animam illius serva.* Job. 2. v. 6.

(c) *Carnalia majoris infamiae, spiritualia majoris culpe.* S. Gregor.

(d) *Quidquid à multis peccatur, inultum est.*
S. Aug.

lidad, ni el numero librán de la justicia de Dios. Manda quando quiere á la espada, como está dicho por su Profeta, dar buelta á la tierra; y por estos castigos publicos, asi como por los particulares, nos aterra, y nos llama, dice el mismo Padre. (a)

Hay, pues, en la adversidad, y en la tribulacion dos cosas: el castigo de la presunccion, por el qual abate Dios al hombre, que se ha levantado contra él; y la gracia de la vocacion, por la qual atrae al hombre, que se havia retirado de él. Unas veces nos llama por su gracia, que derrama en nuestros corazones una centella de su amor, y hace lucir sobre nosotros un rayo de su verdad. Pero estos son calores, y claridades, que no tocan sino en la superficie del alma; son pasageras, y se apagan al punto; son espirituales, y el hombre animal, segun el Apostol, (b) no percibe lo que es del espiritu de Dios.

Otras veces nos llama por sus beneficios, y quiere atraernos por los vinculos de la caridad, y del reconocimiento, á villa de las recompensas, que nos promete, ó de los dones, que nos distribuye. Pero recibimos sus bendiciones; y somos, ó demasiado, ó muy poco sensibles; la ingratitud nos enfada, ó la codicia nos inclina á ella; estimamos los bienes, que se nos han dado, mas que á aquel, que nos los dá; y muchas veces hacemos servir á nuestras pasiones las gracias mismas, que nos ha hecho para su servicio, y para su gloria. Otras veces nos llama por su palabra, y por la predicacion de su Evangelio. Pero se viene al Sermon, ó por acaso, ó por curiosidad, ó por costumbre. No se toman para sí las verdades, que se oyen en él. Si se quiere, que un Predicador haga retratos, y

(a) *Terrae, &c. vocas.* Idem.

(b) *1. Ad Cor. 2. v. 14.*

pinturas de los vicios del tiempo, es para juzgar en su imaginacion tan presto à este, tan presto al otro. Escusase cada uno su pecado por las malignas aplicaciones, que se hacen sobre el de los otros, y se convierten en satyras, y en maledicencias secretas las reprehensiones del que predica.

Pero la vocacion por medio de las aficciones es mas sensible respecto de nosotros, porque hace impresiones sensibles. Ella tiene toda la naturaleza corrompida en un estado de violencia, y de sumision; ella hace reynar con imperio, y con autoridad al espiritu sobre la carne, à la Ley de Dios sobre la concupiscencia; y los que no han sido movidos de las inspiraciones clarissimas, que Vos, Señor, les embiais; *caminarán al resplandor de vuestras flechas inflamadas, y de vuestra fulminante espada.* (a) La vocacion, y el reconocimiento de los beneficios debiera conducirnos à Dios; pero ¿donde están los corazones generosos, que se ganan por este camino? La vocacion, ó llamamiento del dolor es mas natural. Se siente la mano, que castiga, mas vivamente, que la que acaricia. Es natural, quando nos viene un castigo, quitar la causa; disminuir el peso del pecado, quando nos bruma; buscar el alivio, y el descanso, quando se puede hallar en su inocencia; formarse un asylo contra las revoluciones, y los trabajos, que Dios nos embia, de los favores, y gracias del mismo Dios; y apaciguar por medio de las humillaciones un contrario mas poderoso, que nosotros, en lugar de exasperarle por nuevas ofensas.

En fin, la tribulacion es un llamamiento mas eficaz; él hiere en la carne, y muchas veces aun en lo interior del alma. Son verdades, que hieren, y que remueven un

(a) *In luce sagittarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastae tuae.* Habac. 3. v. 11.

corazon, que no está distraido por los placeres, y que no está ocupado sino de sus trabajos. Se las siente, y se llega à ver demasiado la aplicacion sobre sí mismo. De aqui debieran provenir la sumision, la fé, y la penitencia; de aqui nacen las quejas, y las murmuraciones. Cierrase el oido à la voz del Cielo. Ved aqui à Dios, dice el Propheta, que os convida à venir à él; y ve allí su pueblo, que lo reusa, (a) *y que se han ido tras de sus deseos, y de sus deleytes.* No siendo esta sensibilidad suavizada por una fé viva, y por una humilde resignacion, nos hace nuestros males insoportables, aunque por otra parte sean ligeros, é inferiores à nuestros pecados.

Porque, Señores, qué motivos tenéis para murmurar, y para quejaros? Gracias al Cielo, el azote de Dios aun no se ha acercado à vuestras Tabernaculos. Hasta ahora aun no haveis visto saquear, y asolar las tierras, que haveis cultivado. Ningun barbaro Soldado os ha quitado la esperanza de vuestra cosecha. Aun no haveis visto entrar en vuestras mieses hozes ajenas. No han pasado otras Tropas por vuestras Campañas, que las que marchaban à vuestra defensa, y así no haveis sentido vuestras guerras sino por el ruido de vuestras victorias. El que manda en esta Provincia (b) recorre todos los años las Fronteras para asegurar el reposo; y así por su valor, como por su prudencia, nos defiende de nuestros enemigos, así como por su bondad nos protege cerca del Príncipe. Aun tenéis para velar sobre vuestros intereses, un Cardenal (c) tan útil à la Iglesia por la eficacia de sus sufragios, al estado por la prudencia de sus consejos; à esta Provincia por los frutos de su pro-

(a) *Sed abierunt in voluptatibus, & in pravitate cordis sui mali.* Jerem. 7. v. 24.

(b) El Señor Mariscal Duque de Noëlls.

(c) Mon-Señor el Cardenal de Bonzy.

teccion, y de su caridad paternal. Vosotros habeis visto desde lejos humear las ciudades, y los campos donde de el hacha de la ira de Dios enciende sus justicias, como una luz funesta para aterrar á los pecadores. Esas Tropas de hombres errantes, que huyen la cara del enemigo; que apenas hallan asilo en donde puedan arrastrar las miserables reliquias de los combates, y de los incendios, y prolongar una vida mas amarga, que la misma muerte. Esos Ejercitos, que las enfermedades han hecho casi inútiles; á quienes parece haver atado Dios las manos por pestes casi generales, haciendo á los Soldados, y á los Gefes mas átentos á conservar su vida, que á quitarla á otros, y reduciendo su ferocidad á exercitar ellos mismos la paciencia. Tocados de estas desgracias de los estrafios decid, no con tillezza: *Los juicios de Dios están sobre nosotros*; sino con accion de gracias: *Misericordias son del Señor, que no hayamos sido consumidos* (a) como ellos.

Dios proporciona sus castigos no á nuestro pecado, sino á nuestra debilidad: sabe lo que podemos padecer, y no nos carga sobre nuestras fuerzas. (b) San Pablo llama á nuestras aflicciones *tentaciones humanas*, no porque estas no vengan unicamente de Dios, sino porque las proporciona á la flaqueza de los hombres, mas que á su Omnipotencia. Hace con nosotros lo que havia acostumbrado á hacer en las purificaciones legales, (c) lo que podia sufrir el fuego, como los vasos de metal, debia pasar por el fuego: lo que no lo podia sufrir, debia pasar por el agua, como las vasijas de madera, y de tierra. El nos purifica por las aguas amargas de las aflicciones, y no nos

(a) *Misericordie Domini, quia non sumus consumpti.*

(b) 1. Cor. 10. v. 13. (c) Num. 31. (3)

nos destruye por el fuego devorador de su Justicia.

¿Y qué parte tenemos nosotros en las desgracias del tiempo? Temores solamente; quando tantos otros sufren los trabajos. La desolacion de algunas familias, quando lloran Provincias enteras. La diminucion de vuestros bienes por los Tributos, y por las cargas que se os imponen. ¿Y no es preciso por contribuciones, aunque sean voluntarias, que os intereseis en el bien del Estado, y en el honor de la Religion? Yo confieso, que es duro para los vasallos el contribuir para mantener el orgullo, y los caprichos de un Roboan, con la mejor parte de su sustancia; el empobrecerse por un Ezebias, que quiere amontonar tesoros, para asombrar á los Embajadores Estrangeros, mostrandolos una vana magnificencia; el facilitar por impuestos excesivos sus usurpaciones, y sus injusticias, y llegar á ser los instrumentos de sus vanidades, ó de sus venganzas. Pero tambien es justo bajo un Rey igualmente sabio, y piadoso, el softener por medio de subsidios voluntarios el honor, y la Magestad del Imperio. No es este un presente, que se hace al Príncipe, es un socorro, que se dá al publico. Cada uno lleva su porcion de la piedad, y de la caridad comun, cada uno compra digamoslo asi, su seguridad: cada uno deposita en las manos del Rey el precio de su Sangre, y los testimonios de su subordinacion, ó dependencia; especialmente en esas guerras, en que la Religion es la interesada, en que los dones, que vosotros le haceis, no son tanto omenajes de afecto, y de justicia, como ofrendas, y Sacrificios de Religion.

No pretendo yo aqui, Señores; disimular los males de que os resentis. Bien sé que las miserias crecen todos los dias; que ya casi no hay alegría, ni opulencia en las familias; que aunque las guerras estén distantes, os alcanzan por lo que os cuestan, y por las pérdidas que teneis en ellas; que los Padres, y los hijos se interesan igualmente

mente, y que en fin para sostenerlas, los unos se consumen, y los otros se sacrifican. Confieso, que los tiempos son tristes, pero para suavizarlos enmendad vuestros pecados. Cosa estraña es, que las tribulaciones, de que os quejais, no os hagan mejores. Que un hombre que goza apaciblemente de sus riquezas, y que no sabe, qué hacer de su dinero, lo gaste en superfluidades, y dé al juego, al lujo, y á la vanidad una parte de sus rentas; toda la autoridad de la Religion apenas le puede contener por sus reprehensiones, y sus censuras: ¡Pero que unas gentes, que gritan todos los dias, que sus casas estan arruinadas; que ya no se puede ni conservar, ni adquirir, ni aun vivir, tengan el mismo orgullo en la disminucion de su fortuna, y en la pobreza todos los vicios de la abundancia! ¡Ay de mí dice San Agustín: (a) Vosotros habeis perdido el fruto de vuestras miserias, habeis llegado à ser miserables, y os habeis quedado malos, como antes.

Dios nada ha omitido, para atraernos á sí por medio del amor. ¡Qué cuidados paternales no ha tenido por largo tiempo! ¡Con qué prosperidad no ha hecho correr vuestro comercio! ¡Qual era el esplendor de esta Provincia, quando se la podia llamar con el Propheta, (b) la Princesa de las Provincias? Traed á vuestra memoria aquellos felices años, en que apenas contribuiais con una pequeña porcion de vuestra abundancia; en que vosotros mismos haciais vuestra suerte, y en los que se medían vuestras contribuciones voluntarias por el afecto de vuestro corazon, y no por la abundancia de vuestras riquezas. Acordaos de aquellos años de paz, en que toda la tierra estaba en un respetuoso, y pacifico silencio á

vis.

(a) Perdidistis fructum miseriarum vestrarum: miserii facti estis, & passim permansistis. S. Aug.

(b) Princeps Provinciarum. Tren. 1. v. 1.

vista de la Grandeza, y de la Magestad de Luis el Grande, contra quien la rabia, y la envidia aun no se havian atrevido á sublevar el universo; en que vosotros gozabais sin miedo los bienes que os era facil adquirir, y no temiais perder. Acordaos de aquellas fertiles estancias, en que bajo vuestro Cielo sereno, y benigno, las cosechas se cogian amarillas, y sazonadas, y excedian aun á la esperanza del Labrador. Tantas señales de la Bondad de Dios no han podido ganarnos. El emplea los remedios mas eficaces, los menos asperos, las amenazas, los temores, las necesidades urgentes, las aflicciones, y las perdidas, y nuestros pecados nunca se acaban. (a) La ruina del mundo está preparada (decia San Geronymo) y no se dobla nuestra cerviz. En lugar de aprovecharnos de nuestros castigos, siempre merecemos otros nuevos, no los aplacamos por la correccion de nuestras costumbres, ni los retiramos de nosotros por nuestras oraciones.

PARTE TERCERA.

Perteneciendo nosotros al Señor, ora nos humildes, ora nos ensalces, debemos vivir en una continua sumision, y dependencia de su gracia. Como en los dias de adversidad la tristeza nos abate, y el mundo nos abandona, es necesario orar, dice Santiago, y recurrir á Dios, que siempre nos recibe, y nos consuela. Como nuestros pecados claman al Cielo, y excitan al Señor á la venganza, es necesario, que vuestras oraciones griten tambien, y soliciten al Señor á la misericordia. La oracion es un ornaje, que hacemos á Dios, y un reconocimiento de su grande-

(a) Orbis ruit, & cervix nostra non flebitur. S. Hieron.

deza, y de su poder sobre nosotros. Es un socorro siempre pronto en nuestras necesidades contra las penas de nuestros pecados. Es una muralla, ó defensa universal contra las aflicciones, y las tentaciones de esta vida. Es el escudo de nuestra paz, y de nuestra eterna salud: Estos son los títulos, que la dan los Santos Padres.

Y así, es un medio eficaz para corregir nuestras costumbres, para obtener los Dones celestiales, y para salir de nuestras tribulaciones, y de nuestras miserias. Pero es un medio, que nosotros despreciamos, ó que hacemos inútil. El espíritu de Oración está casi apagado, y nosotros somos del número de aquellos, de quienes habla un Profeta, que ni piensan en las penas, que sufren, ni en las pasiones, que los ocupan; y que se obstinan, porque no levantan las manos al Cielo en el fervor de sus oraciones.

¿Y qual es el estado de la mayor parte de los Christianos en el tiempo de las tribulaciones? Ellos no cesan de quejarse, pero no piensan en reconocerse: están humillados, pero no por eso son mas humildes: han probado todos los remedios, y ni por eso han sanado. Tales eran aquellos falsos magnanimos, que viendo que Dios arruinaba sus casas decían (a) con un ayre orgulloso, y amotinado: Los ladrillos se han caído, pues nosotros edificaremos con piedra de Sillería: nuestros sicomoros han sido cortados, pero nosotros plantaremos Cedros.

Tales son la mayor parte de los hombres: siempre humillaciones, y siempre nuevos designios de engrandecimiento, y de fortuna. Y quando por mudanzas imprevistas, y por repentinas revoluciones vienen à caer estos

(a) In superbia, & magnitudinis cordis dicentes: lateres ceciderunt, sed quadris lapideibus edificabimus: Sicomoros succiderunt, sed Cedros immutabimus. Isai. 9. v. 9. & 10.

proyectos, que con tanta fatiga havian gobernado, se obstinan, y endurecen en lugar de humillarse bajo la Omnipotente mano de Dios; Veselos bolver á anudar el hilo de sus negociaciones, que la Providencia de Dios havia rompido: despertar sus pasiones por los obstaculos que hallan en cumplirlas: muchas veces castigados, sin darse por sentidos: continuamente engañados, sin desengañarse por eso; sacar nuevas fuerzas de sus perdidas esperanzas, y bolver á encender su ambición con las mismas desgracias, que debian apagarla. De aquí proviene, que no tengan recurso á la Oración: *Super quo propitius tibi esse poterat?* (a) Dice Dios al pecador. ¿Qué bendición pides tú? ¿Qué perdón? Date á la Oración. (b) Yo he levantado la tempestad, yo la apaciguaré; pero tu estas como dormido en medio de la mar, y diras: Me han castigado, y yo no lo he sentido.

En efecto aconsejades la práctica de las buenas obras, y vereis, que ocupados de los males, que padecen, no pueden pensar en el bien, que debieran hacer: Exortados á la Oración, y os responderán como Aaron, dispuesto para ofrecer el Sacrificio despues de la muerte de sus dos hijos. ¿En qué puede pensar un desgraciado, sino en sus desgracias? (c) Un corazón lleno de su tristeza, puede por ventura ser agradable á Dios? Como se pueden componer la inquietud, y la agitación del alma, y la tranquilidad de la Oración? (d) *Moyses recibió esta escusa: Pero*

(a) Jerem. 5. v. 7.

(b) *Et eris tanquam dormiens in medio mari; & dices: Verberaverunt me, sed non dolui.* P. rov. 23. v. 34. & 35.

(c) *Quomodo possum placere Deo mente lugubri* Levit. 10. v. 19.

(d) *Acceptit Moyses satisfactionem.* Ibid. v. 20.

no se trata aquí de una multiplicidad de obligaciones, y de un embarazo de ceremonias legales. Qué cosa mas fácil que invocar á Dios. Esas atenciones del espíritu acia él, quando estiendo su mano sobre nosotros: ese peso del pecado, que se siente, y bajo el qual se abate una cabeza humillada: esa fé que penetra los velos, y que hace recibir con sumision las secretas voluntades de Dios: esa humildad de confianza, con la qual se arrojan en los brazos de su providencia: ese gemido del corazon, que es la voz secreta de la piedad, y del dolor interior: ese estado de confusion, y de penitencia, en que se esparce el alma, y en que la conciencia afligida habla á Dios; esos males, en fin, sufridos con paciencia, son Oraciones, no solo suficientes, sino tambien utiles, y eficaces.

¿Pues por qué no obtenemos nosotros las misericordias, que Dios nos ofrece? ¿Por qué no vamos en tropas á las Iglesias á llevar á Jesu-Christo corazones contritos, y humillados? ¿Por qué no se hacen resonar los Canticos de Sion en todos los lugares, en que habita el Señor, y donde se abren los tesoros de sus infinitas misericordias? ¿Por qué no vamos hasta el pie de sus Altares, á quemar todos nuestros incienso para detener su indignacion por medio de nuestros votos, y de nuestros omenajes, y para hacerlo una santa violencia por la perseverancia, y si es licito decirlo así, por la importunidad de nuestras oraciones?

Tres suertes hay de voces, que suben de la tierra al Cielo. La voz de la inocencia: y de este modo la sangre de Abel gritaba delante de Dios, y pedia venganza al Soberano Juez. La voz del sufrimiento, que es quando se lloran las miserias, y quando se gimen las desgracias. Estas quejas nacen mas del amor propio, que de la compuncion del corazon; son gritos de la naturaleza, que sufre, y no de la devocion, que ora. Pero la voz de la Oracion tiene mayor poder para con Dios, que todas las otras, especialmente en el tiempo de afliccion. Sacerdotes de Jesu-Christo, ¿qué haceis en el Altar quan-

quando ofrecéis al Padre Celestial esa Hostia pura, y sin mancha, que quita los pecados, y por consiguiente las calamidades del mundo? Almas Santas ¿qué haceis vosotros, quando postrados en los Templos de Dios vivo, deramais delante de él vuestras deseos, y vuestras amarguras?

20. Por lo que toca á nosotros, miradnos aquí á Dios mío, delante de vos, tocados mas de nuestros pecados, que de vuestras penas. Vos no deseais corazones humillados, y aunque veamos nosotros por todas partes señales de vuestra ira, sabemos que no os habeis olvidado de exercitar vuestras misericordias. Quanto mas hemos pecado, mas gloria tendréis en perdonarnos. Si es necesario alguno, que os aplaque, y que os contenga, ve aquí, Señor, tantos Moyseses juntos, Legisladores de vuestro pueblo, para levantar á el Cielo sus corazones purificados; y sus manos sagradas. Para asegurarnos de vuestras Justicia; vamos á poner entre vos, y nosotros la sangre de vuestro Hijo Jesu-Christo, y el merito de su sacrificio. Bolved, pues, á tomar vuestro corazon, y vuestras entrañas de Padre. Decid al mundo, que calme, y el mundo calmará. Vos sois, quando os place, el Dios de la paz, como el Dios de los Exercitos. Dadle á vuestro Pueblo esta paz, mas dulce, y mas amable, que las victorias. Nosotros os la pedimos, no para vivir con mas licencia, sino para servirnos con mas tranquilidad, no para abusar de las prosperidades, y del reposo de esta vida, sino para trabajar en vuestra santificacion, y para merecer el reposo eterno de la otra, *Así sea.*